

IMAGINARIOS FEMENINOS, IDENTIDAD Y VIDA COTIDIANA

Mitzy Flores*

RESUMEN

Analizar la subjetivación de lo femenino expresada simbólicamente a través del lenguaje constituye el interés fundamental de este artículo. Por tanto, será menester atender las diferentes definiciones de *imaginario* para luego argumentar cómo se construyen socialmente estas realidades y cómo se representan en medio de las prácticas sociales cotidianas en las que se generan. Adicionalmente, nos aproximamos al problema de la identidad para dar cuenta de los conflictos derivados de su deconstrucción y nos cuestionamos sobre la existencia de una particular ontología del *sujeto femenino*. Abordamos críticamente su naturaleza compleja y, desde una perspectiva ligada a la herencia postmoderna, consideramos la superposición de poder como un elemento categorial ineludible. Por último, delineamos nuestra inclinación hacia la psicología social construccionista de Serge Moscovici, como teoría fundamental y como estrategia para el estudio de la construcción de representaciones e imaginarios femeninos.

Palabras Clave: Imaginario, Sujeto, Identidad, Femenidad, Representaciones Sociales.

FEMININE IMAGINARIES, IDENTITY AND EVERYDAY LIFE

RESUMEN

To analyze the subjectivity of the feminine thing, symbolically expressed through language, constitutes the main interest of this article. In consequence, it is necessary to previously give account of the different definitions of *imaginary*, to discuss how these realities are socially constructed and represented within the daily social practices in which they are generated. Additionally, we approach the identity problem to explain the conflicts

* Tesista del Doctorado en Ciencias Sociales, mención Estudios Culturales, de la Universidad de Carabobo. Magister en Educación, Mención Lectura y Escritura (2004) y Licenciada en Educación, Mención Educación Especial (1991). Desde 2001 se desempeña como docente del Departamento de Pedagogía Infantil y Diversidad de la FaCE-UC en la Cátedra Realidad Familiar y Social del Niño, desde la cual desarrolla proyectos de extensión vinculados con la Inclusión Educativa en las comunidades vecinas a la UC. Correo Electronico: mitzyflores@misionpsique.com.

derived from its deconstruction and we question ourselves on the existence of a particular ontology of the *feminine subject*. We focus its complex nature critically and, from a perspective related to the postmodern inheritance, we considered the superposition of power as an unavoidable categorical element. Finally, we delineated our inclination towards the Constructionist Social Psychology of Serge Moscovici, as a fundamental theory and as a strategy for the study of the construction of the feminine imaginaries and representations.

Key words: Imaginary, Subject, Identity, Feminity, Social Representations.

I. GENEALOGÍA DE LO IMAGINARIO Y DE LAS REPRESENTACIONES

A raíz de la consolidación de la modernidad y su pensamiento ilustrado, el estudio de *lo imaginario* encontró en la civilización occidental una barrera casi infranqueable que a favor de la conquista del mundo material supuso la abolición de la magia, los mitos y con ello el *desencantamiento del mundo* tal y como atinadamente denunciaron Adorno y Horkheimer (1994:59).

Los criterios técnicos diseñados por la *episteme* racionalista propios de su cientificismo, difícilmente lograrían evaluar y ponderar un dominio de la experiencia humana cuya naturaleza es inconmensurable y que está caracterizada precisamente, por una lógica singular perteneciente a un orden experiencial, aparentemente ilógico y sustentado en la apreciación de aquello que es fundamentalmente subjetivo y cultural.

De modo que intentar su revalorización en términos antropológicos impone el redescubrimiento de una realidad carente de valor para esta corriente que expresa enormes distancias entre lo racional e irracional, lógico y alógico y entre la realidad y el sueño. Toda una marca indeleble en la historia que señala grandes fallas del programa cultural moderno.

En este sentido, rastrear esta genealogía de lo imaginario desde un espacio interdisciplinario se justifica en la medida en que nos permite seguir una vertiente discursiva que dé cuenta de su estudio a pesar de la negación histórica de la que ha sido objeto.

Un concepto ambiguo e invisible

Desde sus inicios el estudio de lo imaginario parece haber generado grandes dificultades para los pensadores de todas las épocas. Desde la antigua Grecia para Platón y Aristóteles representó siempre un misterio, un inquietante enigma en contraparte al predominio de la siempre privilegiada razón, aparentemente más cercana a la verdad. Tal vez por eso “*phantasia*” el término de origen griego que le es más próximo, designaba una cierta facultad psicológica creadora de imágenes (Carretero, 2005) cuya interpretación fue dicotómica; por un lado a favor de lo racional como generadora de procesos que desvirtúan la verdad al deformarla; y por el otro, como facultad positiva y excepcional propia del alma del ser humano (Banchs, Agudo y Astorga, 2007).

El mismo Aristóteles en referencia de Carretero (2005), afronta una gran dificultad al pretender categorizarla y ubicar su estatuto ontológico. Y aunque admite que la *representación imaginaria* es condición para el pensamiento, es el primero en reconocer con ese intento, lo que precisamente será una clave en investigaciones subsiguientes: que ésta se resiste al esquematismo conceptual racional (Carretero, 2003), lo que sin duda impregnó el devenir de la reflexión filosófica y fue, junto a su contraposición a la ciencia y a lo verdadero, lo que le valió la definitiva *invisibilización* durante el auge del pensamiento moderno.

Pero el encanto de la fantasía parece radicar precisamente en esa posibilidad de distinguirse de la representación del mundo real objetivo para crear uno ficticio, irreal, inexistente y subjetivo con *imágenes* propias de lo sensible, muy lejano de las facultades cognoscitivas tan preciadas entonces y ahora, como medios expeditos para acceder a los saberes y al conocimiento. Por ello no sorprende que la tradición del mundo occidental la considere “...una forma devaluada de pensamiento que distorsiona y falsea la realidad y que no nos conduce hacia la verdad” (Carretero, 2005:42).

Como imaginario

Ni Descartes con su racionalismo, ni el positivismo de Comte habrán de ocuparse al menos remotamente de la imaginación o de la fantasía; ni el psicoanálisis ni la hermenéutica estructuralista podrán con su reduccionismo despejar el panorama de este universo desconocido que es la *imaginación* (Durand, 2004). De modo que la espera para su abordaje con términos diferenciadores se extenderá hasta la segunda década del siglo XIX con la primera alusión a la palabra *imaginario* vinculada a *ensoñación*, tal y como señala Wunenburger (en Banchs, Agudo y Astorga, 2007) y que "...refiere más al producto de la imaginación y a los contenidos de la fantasía que a la capacidad de producir imágenes..." (p. 49), lo que hace intuir un dominio procesual distinto de lo hasta ahora concebido.

La pronta aportación que a finales del mismo siglo realizara el filósofo Henri Bergson, es determinante para la supervivencia de este naciente concepto; pues intuitivamente la reivindica como el desencadenante de una "*función fabuladora*" necesaria para la subsistencia del individuo y de la humanidad, con un planteo que la asocia a una cierta facultad espontánea y protectora del hombre y que le es útil para evadirse de los vaivenes de la incertidumbre.

Su contribución revaloriza el concepto y genera un interés cada vez mayor en las ciencias sociales que en el siguiente siglo se ocuparán de los aspectos subjetivos del mundo social y con ello cada vez más de las características de lo imaginado, de sus efectos en la psique de la persona humana individual y de su funcionalidad en la vida social y cotidiana.

Sólo en la década de los 40' del siglo XX con los trabajos de Gastón Bachelard, occidente reconocerá explícitamente la importancia y trascendencia de la imaginación en tanto condición antropológica esencial y fuente de conocimiento. Será su obra *El aire y los sueños*. (1994), publicada hacia 1943, con la que el término cobrará una enorme fuerza heurística a la vez que reunirá todo un amasijo conceptual del que somos partícipes. Como la fantasía, el sueño ha sido confinado a los límites de lo irracional y se concibe como experiencia límite vinculada al mito y de vivencia de lo imaginario; cuestión que tiempo después abordará Roger Bastide (1976), con una visión antropológica en su estudio de las llamadas sociedades primitivas y que, con la publicación de *El sueño, el trance y la locura*,

consigue establecer una fuerte imbricación entre esas prácticas sociales cotidianas en las que el sueño constituye y engloba la realidad, para junto a la fantasía amalgamarse con lo real.

Influido profundamente por los trabajos de la psicología arquetípica del psicoanalista Carl Jung, Bachelard publica en 1960 su *Poética de la Ensoñación* (1998), y coloca al ser humano en condición de traspasar los confines de la realidad establecida ampliando su imaginación y desentrañando el onirismo con apego a los elementos de la naturaleza (aire, tierra, agua y fuego), lo que finalmente complementará la experiencia humana. La recuperación de los vestigios de infancia signada por una *ensoñación mágica* ensancharía los horizontes del ser humano constreñidos por los mandatos de la realidad concreta.

Con esta obra nuestro autor ajustará etimológicamente ese constructo de reciente uso, pues en ella señala a la imaginación como deformadora de las imágenes recibidas a través de los sentidos para con ello aclarar que, gracias a esta constante deformación, somos capaces de cambiarlas permanentemente en oposición a la función más estática de la memoria. También vincula la imaginación con la evocación y la concatenación de ideas además de considerarla como un desencadenante individual que, al ser compartido socialmente como imagen o forma de habla, se diferencia decididamente, pues se constituye en *imaginario*; vocablo acuñado desde entonces (Banchs, Agudo y Astorga, 2007).

En esa misma década será un seguidor suyo, Gilbert Durand (1964-2004), quien además de rescatar la eterna predisposición imaginativa del ser humano describiendo imágenes fantásticas comunes y culturalmente universales, enfatizará su condición creadora con su obra trascendental *Estructuras antropológicas del imaginario*. Allí postulará que el imaginario además de ser el responsable del surgimiento del mito y de todas las formas simbólicas, cumple también una “función eufemizadora” como argumento final del hombre ante el reconocimiento de su condición finita.

En este sentido hay coincidencias con Edgar Morin (1972), pues el reconocimiento de la naturaleza humana como transitoria y efímera es la génesis de la condición imaginativa, argumento esgrimido por el *homo sapiens* en su necesidad de elaborar un mundo subjetivo, que junto al mito, la religión y la magia se constituyen en los recursos para afrontar lo

concreto-material. Esta construcción del *mundo imaginario* es paralela a la idea cuyo fundamento antropológico descansa en la esperanza de trascender lo biológico y cerrar la brecha al menos de modo irracional, entre lo real y lo simbólico que el *homo demens* moriniano representa como faceta o alteridad equivalente al *hombre indiferenciado* de Castoriadis (2002).

El aporte de este último autor, es clave para este estudio porque atiende tanto la construcción de imaginarios como su vinculación con la identidad, cuestión que merece nuestra particular atención. En él la fantasía se afirma como elemento constitutivo de la *psique* tan explícita en su *imaginación radical*, además de ser afín a la *locura primigenia* en cuanto que la completud de sentido posee al sujeto.

La importancia de lo imaginario como despliegue de la fantasía está vinculada a la restauración de la *identidad originaria* del ser humano, que ha sido fracturada por las pautas socializadoras confiriéndole al sujeto una falsa identidad racional opuesta a su idea básica de *hombre indiferenciado* surgido de la indistinción mundo/sujeto, concebido por él como un *núcleo monádico*.

Nuestro autor critica la simplicidad del abordaje de lo imaginario propuesta por el psicoanálisis al intentar reducirlo a causas explicativas, lo que en su criterio le impide a Freud reconocer la *imaginación radical* preexistente. También lo confronta por concebir la fantasía como carencia y no como inscrita en la imaginación asociada a la potencialidad del deseo; además de considerar como una interpretación simplificadora la desvinculación entre la realidad y la creatividad originaria del imaginario, sublimándola.

Esta sinrazón de la fantasía, la imaginación y lo imaginario está siempre presente como trasfondo, señalando una carencia del paradigma moderno al proscribir cualquier instancia que se deslinde de la hegemonía.

Como representación

Convenimos en que el individuo construye realidad desde su propia representación del mundo siendo capaz de preguntarse a sí mismo y a otros sobre aquellos asuntos que le interesan. Compartimos la idea de la

importancia capital que tiene el lenguaje como herramienta cultural de aprendizaje y que literalmente, ha aprendido a construir a través de un diálogo continuo con otros seres humanos en una sociedad dentro de una cultura y en una época histórica particular. Por ello la construcción mental de significados se hace altamente improbable si no existe el armazón externo dado por un agente social que resulta finalmente ser el punto de inflexión en el que encaja el pensamiento constructivo (Flores, 2007).

Moscovici (1988), crea el fundamento para un campo de investigación que se relaciona estrechamente con la construcción social de la realidad que venimos planteando. A inicios de la década de los sesenta, en su estudio *El Psicoanálisis: su imagen y su público*, describió unas formas de conocimiento o ideación construidas socialmente. Su intención fue reformular en términos psicosociales la elaboración conceptual durkheimiana de la *representación colectiva* que luego de casi setenta años se convierte en el punto de partida de sus trabajos bajo la denominación de *representaciones sociales* (RS).

Para este autor, las RS son *construcciones simbólicas* que se crean y recrean en el curso de las interacciones sociales, por tanto no tienen un carácter estático ni determinan inexorablemente las representaciones individuales. Mientras que las representaciones colectivas son mecanismos explicativos que se refieren a una clase general de ideas y creencias, las RS son fenómenos que necesitan ser descritos y explicados (Banchs, 2005). El propio Moscovici las define como un:

...conjunto de conceptos, declaraciones y explicaciones originadas en la vida cotidiana, en el curso de las comunicaciones interindividuales. Equivalen, en nuestra sociedad, a los mitos y sistemas de creencias de las sociedades tradicionales; puede, incluso, afirmarse que son la versión contemporánea del sentido común (1988, p. 181).

Para Ibarra y Mormann (2000), la representación "...es una actividad de primer rango en nuestra tarea de dar un sentido al mundo" (p. 22). Pueden ser definidas como maneras específicas de entender y comunicar la realidad y la influyen a la vez que son determinadas por las personas a través de sus propias interacciones (Alvaro, 1995); por ello es muy frecuente que esta noción sea confundida con conceptos propios de la psicología social como actitud, opinión, imaginación y percepción, los que también juegan un papel importante en el campo de la sociología.

Este aspecto ha sido ya discutido por muchos autores, pero es Herzlich, quien hace la distinción al referirla como "... un proceso de construcción de lo real, que actúa sobre el estímulo y la respuesta, orientando la respuesta en la medida que modela el estímulo" (1979, p. 329). Con este argumento psicossociológico, nuestra autora supera la visión conductista del sujeto al replantear el estudio de las formas del conocimiento y de los procesos simbólicos en su relación con las conductas y hace que la representación sirva de vínculo entre el campo estrictamente psicológico y el social. Afirma además que una representación "... implica el estudio de una modalidad de conocimiento particular por lo que es también una forma de pensamiento social" (p. 330).

Complementariamente, Jodelet (1991), seguidora de las ideas de Moscovici, caracteriza las RS a partir de las propiedades siguientes: *a)* son socialmente elaboradas y compartidas; *b)* tienen un fin práctico de organización del mundo (material, social, ideal), de orientación de las conductas y de la comunicación; y *c)* participan en el establecimiento de una visión de la realidad común a un grupo social o cultural determinado. Con lo que deja claro que la lógica del lenguaje (en tanto representación), toma en consideración tanto los contenidos como las formas del pensamiento.

Como todas, esta construcción –la del género, identidad y condición social– se arraiga en las "... actividades cotidianas que son compartidas, inteligibles, descriptibles y analizables" en palabras de Calonge (2002), y si:

...una RS es siempre la representación de alguna cosa por alguien, entonces la representación no existe en tanto que realidad *objetiva*, sino en tanto que construcción del sistema cognitivo de los individuos en interacción social que pertenecen a una sociedad o grupo... es decir, que son una realidad *subjetiva*. Eso significa también que esa construcción integra el conjunto de valores y de actitudes ya existentes en esos grupos (2002, p.3).

Conclusión que invita a indagar en su complejidad esa cotidianidad pre-existente que junto con ese conocimiento intuitivo de los grupos, conforma una construcción de significados: todo un imaginario que se expresa y representa en el lenguaje.

II. LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA REALIDAD

Nuestra investigación pretende abordar la vertiente social y psicológica de la construcción de aquello que denominamos significados, creencias y valores a través de su acepción de *imaginarios* y desde las representaciones sociales (RS) que hacen posible su expresión y comunicación. Cómo se forman esas convenciones que damos por ciertas -especialmente en sus elementos más tácitos- y que denotamos aquí con palabras como subjetividad o construcción de realidad, es una de las inquietudes que se intenta abordar en nuestra propuesta investigativa.

La línea de pensamiento que compartimos concibe al *sujeto* como resultante de las condiciones sociales de subjetivación y ésta se genera con la construcción de la realidad de nuestro mundo que hace el sujeto singular. Esta subjetividad constituye para Del Bufalo (1996), un enigma que incorpora cuerpo, espíritu, emoción, palabra y símbolo en un *todo* en el sujeto singular con su deseo y su sensibilidad; según su apreciación, para conocer la subjetividad es preciso "...analizar las formas que hacen posible los procesos psíquicos, símbolos y lenguajes." (p. 17). Estas formas surgen de las prácticas sociales del sujeto singular con sus iguales en su contexto, resultan de un proceso de socialización.

Sabemos que esta construcción sólo es posible en un contexto cotidiano en el que se experimentan los procesos, en el que se concretan, realizan y ejercitan las prácticas sociales (PS) y en el que esa aparente arbitrariedad de significados se relativiza en el seno de cada comunidad de sujetos singulares durante el proceso comunicativo. Éste se cristaliza en las representaciones sociales que admitimos y compartimos como grupo social y que, paradójicamente, son la conjunción entre lo estático-permanente y lo nuevo-cambiante.

Pero reconocer que compartimos prácticas sociales instauradas que son discriminatorias y degradantes para el género femenino (como las expresas en la publicidad explícita y encubierta en los diferentes medios de comunicación, por citar tal vez el ejemplo menos sutil) y que muchas de estas prácticas no se las puede entender ni justificar racionalmente, invita a una reflexión, un *percatarse* -al mejor estilo del la teoría gestáltica-

del lugar que se ocupa como mujer tanto en espacios públicos como la familia, escuela, comunidad, y sociedad en general; como también en lo privado, personal e intrapsíquico por conformar y construir una identidad diferenciada. Esta reflexión pudiera traducirse en transformación de nuestras creencias y valores, como elementos constitutivos del imaginario social cuya comunicación es clave.

III. NUESTRA ORIENTACIÓN PSICOSOCIOLÓGICA

Finalmente, pretendemos expresar la orientación psicosocial de este estudio por su interés en explorar la construcción de subjetividad de la mujer que experimenta un proceso de *doble dominación* atribuida a su género considerado como *subalterno*.

Aunque la Escuela Psicosociológica Francesa comparte con la norteamericana su interés por el estudio del lenguaje y de los significados en grupos de interacción, de la mano de Heider (1958), define su cercanía a la construcción de explicaciones originadas en un tal “sentido común”, aunque es definitiva la inclinación de Moscovici hacia lo simbólico e imaginario como constituyentes del pensamiento. Es así como surgen las *representaciones sociales* (RS) como creación del universo mental y material que elaboran los propios individuos, cuya función principal es la comunicación y la acción como resultado de un diálogo permanente.

En este sentido atenderemos a una diferenciación que sin pretender ser exhaustiva y sin ser el objetivo central de este aparte nos permitirá seguir la ruta histórica de esta línea de pensamiento así como fundamentar nuestra elección en términos metodológicos. Se trata de ilustrar una importante discrepancia entre las RS en cuanto a sus tendencias.

Para el estudio de las RS se distinguen al menos tres campos de investigación o líneas definitorias: la primera está relacionada con la formación del conocimiento vulgar y las ideas científicas popularizadas; la segunda la compone el extenso campo de los objetos culturalmente construidos a través de una larga historia y sus equivalentes modernos; y la tercera se vincula con los hechos propiamente políticos y sociales en los que ellas mismas (las RS) cambian rápidamente de significación.

En la primera tendencia, el foco de atención apunta a los procesos a través de los cuales la racionalidad científica establecida, expresada en *la teoría*, es transformada por los grupos humanos en conocimiento vulgar. Este proceso ocurre sin que se establezcan conexiones con las fuentes originales, lo que a su vez se convierte en una justificación más bien metafísica de los acontecimientos de la vida cotidiana a través de los mitos. Se trata de lo que Heider (1958) definió como *epistemología del sentido común*.

Una segunda tendencia atiende los problemas referidos a objetos de dilatada historia. Cortés (2004), propone como ejemplos el cuerpo humano, los roles sexuales, la demencia, la maternidad, la enfermedad y la discapacidad. Estas representaciones hacen inteligible el mundo a miembros de los grupos sociales y culturales, lo que no sólo recrea los objetos mismos sino que define también a los actores como partes complementarias de los objetos. Además proporcionan a los sujetos sociales la impresión de pertenecer a culturas y comunidades específicas, mostrando un alto interés en el lenguaje y en el discurso, rasgo propio de los postmodernos (Gergen, 1996).

Finalmente, la tercera tendencia atiende las representaciones sobre situaciones o condiciones sociales que fueron catalogadas como *polémicas* por el propio Moscovici (1988). Los temas característicos de este campo se refieren a conflictos nacionales, el tratamiento de noticias en los medios, las protestas de las minorías, las sublevaciones, el desempleo, el debate ecológico, la xenofobia, y desde luego el que nos ocupa en este documento, el proceso de construcción de imaginarios sobre la identidad femenina.

Más que representaciones de teorías científicas, son la imaginación cultural hegemónica y estas *representaciones polémicas* de los problemas sociales con base en la identidad social lo que fundamenta esta investigación. Este tipo de representaciones fueron desdeñadas principalmente por su breve significación social, lo que a su vez se generó por la escasa relevancia de los problemas que atendía en su país de origen y en la época en que fueron postuladas. Esto a menudo se tradujo en una crítica a su validez (fundada en las pequeñas proporciones de población a las que se refería); pero desde de la publicación de *El Psicoanálisis: su imagen y su público* (1961), no se han hecho esperar múltiples investigaciones tanto en Europa como en América Latina que validen su propuesta tanto en términos diacrónicos como sincrónicos.

Con esto se destaca que la pertinencia de esta investigación descansa en aspectos cualitativos como por ejemplo conocer cómo se autodefine la mujer, cómo construye su identidad, cómo se representa en los escenarios público y privado en un determinado contexto histórico social. Interrogantes que dan cuenta del interés científico hacia la propia naturaleza de la construcción de subjetividad en los grupos humanos.

REFERENCIAS

- Adorno, T. y Horkheimer, M. (1998). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.
- Alvaro, J.L. (1995). *Psicología social: perspectivas teóricas y metodológicas*. Madrid: Siglo XXI.
- Bachelard, G. (1994). *El aire y los sueños: Ensayo sobre la imaginación del movimiento*. México: Fondo de Cultura Económica. (Original 1943).
- Bachelard, G. (1998): *Poética de la ensoñación*. México: Fondo de Cultura Económica. (Original 1960).
- Banchs, M.A. (2005). Una nueva agenda para el estudio de las representaciones sociales. Reflexiones hacia un sentido común menos común y con más sentido. *Revista Agenda Académica*, Vol. 12, N°1,2, pp.41-57. Caracas: UCV.
- Banchs, M.A., Agudo A. y Astorga, L. (2007). Imaginarios, representaciones sociales y memoria social. En *Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*. México: Anthropos - UAM.
- Bastide, R. (1976). *El sueño, el trance y la locura*. Barcelona: Amorrortu.
- Calonge, S. (2002). Representaciones sociales y prácticas pedagógicas no formales. *Revista de Pedagogía*, Ene. 2002, vol. 23, N° 66. Caracas: UCV.
- Carretero, A. (2003). La relevancia sociológica de lo imaginario en la cultura actual. En *Nómadas*, Ene-Jun N° 009. España: Universidad Complutense de Madrid.

- Carretero, A. (2005): Imaginarios y utopías. *Athenea digital*, Nº 7, pp. 40-60.
Disponible en: <http://www.antalya.uab.es/athenea/num7/carretero.pdf>
- Castoriadis, C. (2002). *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social. La creación humana I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusqués.
- Cortés, C. (2004). *Representación Social del Discapacitado Visual* [Documento en línea]. Tesis de Grado, Universidad de Antofagasta, Chile. Disponible: www.monografias.com
- Durand, G. (2004). *Las estructuras antropológicas del imaginario*. México: FCE. (Original 1964).
- Flores, M. (2007). *La construcción de subjetividad y su representación social o las relaciones de poder en las prácticas sociales*. Valencia: Mimeo.
- Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones: Aproximación a la construcción social*. Barcelona, España: Paidós Ibérica.
- Heider, F. (1958). *The psychology of interpersonal relations*. New York, USA: John Wiley & Sons.
- Herzlich, C. (1979). La Representación Social. En S. Moscovici (1988), *Pensamiento y vida social II. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Paidós.
- Ibarra, A. y Mormann, T. (2000). *Variedades de la representación en la ciencia y la filosofía*. Barcelona: Ariel.
- Jodelet D. (1988). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici, *Pensamiento y vida social II. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Paidós.
- Morin, E. (1972). *El cine o el hombre imaginario*. Barcelona: Seix Barral.
- Moscovici, S. (1988). *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Paidós.
- Moscovici, S. y Hewstone M. (1988). De la ciencia al sentido común. En S. Moscovici, *Psicología social II, Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Paidós.